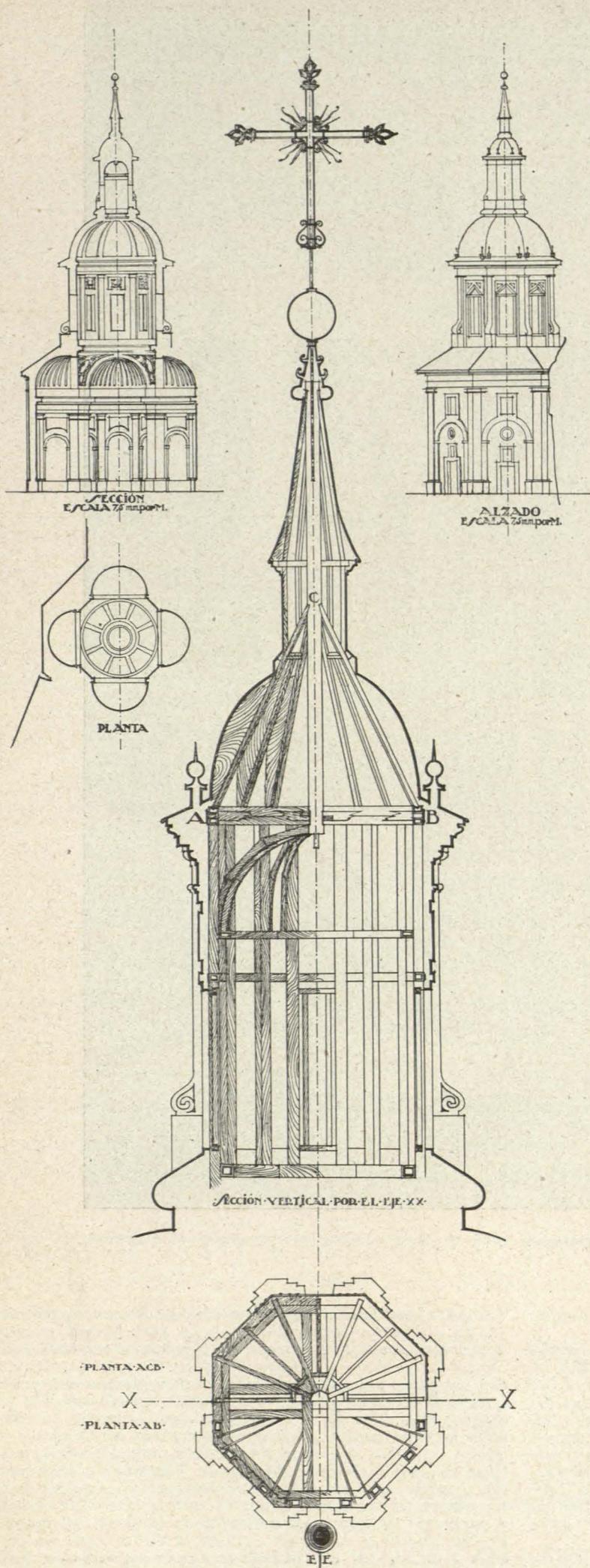


EL MONASTERIO DE GUADALUPE, SIMBOLO DE LA VIDA ESPAÑOLA

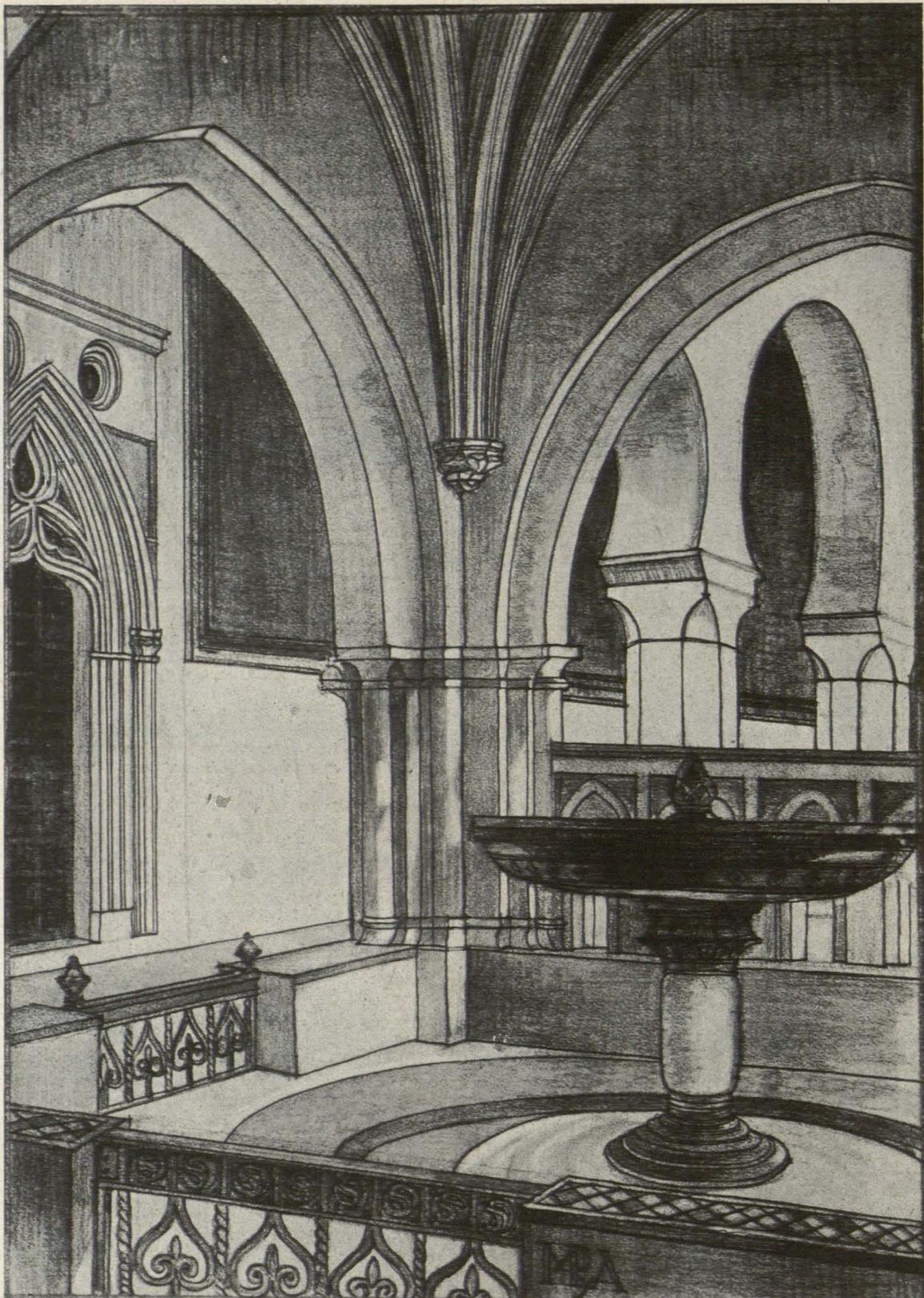


Detalles del Camarín de la Virgen.

Dos grandes Monasterios hay en España que reflejan, simbolizan y centran toda la vida española a lo largo de los siglos. Son el de Nuestra Señora de Guadalupe y el de San Lorenzo de El Escorial; aquél hasta Felipe II, éste desde el apogeo de la Casa de los Austrias. El primero es vario, multiforme, irregular y desordenado como era aquella vida; se fué construyendo y engrandeciendo por sucesivas adiciones, de suerte que en él se muestran en la cumbre de su perfección los estilos más diferentes que pasaron por nuestro suelo y la fusión de todos ellos en una síntesis superior, propiamente española, que no puede encontrarse en ningún otro país. En cambio, el Monasterio escorialense es hijo de una razón —de un pensamiento místico más que de un sentimiento místico—, de un pensamiento unitario y sistemático, expresado en la geometría de un poliedro regular. Cuando Felipe II construyó San Lorenzo de El Escorial habían sido eliminados, expulsados o vencidos todos los elementos extraños a nuestra raza y nuestra religión y pudo edificarse, con arreglo a un estilo único y puro, para simbolizar también la unidad política y religiosa ya conseguida en España. Guadalupe es el monasterio de un pueblo que se está haciendo en medio de una vida agitada y revuelta. El Escorial es el monasterio de un pueblo ya hecho, donde la vida está regida por una grandiosa idea imperial.

No hay mayor contraste que la visión de los dos monasterios cuando se les contempla desde lejos. Bloque tallado, labrada piedra cúbica parece el del Escorial visto desde la Herrería. Desde el estanque y la Puerta de la Acemilería, el de nuestra Señora de Guadalupe se nos ofrece como un conjunto irregular de construcciones yuxtapuestas, de almenadas y fuertes torres junto a redondas cúpulas, de cimborrios y chapiteles, de espadañas y cubos de murallas con ventanas góticas, desde la ruda ojiva primaria hasta la ojiva florida posterior; galerías mudéjares y tal o cual rasgo románico o bizantino o renacentista. Cada siglo ha decantado en Guadalupe su precipitado propio, de suerte que un corte dado en el Monasterio es como una de esas secciones que en los libros de geología permiten ver la formación y yuxtaposición de los terrenos a través de los períodos de la historia del globo.

Síntesis completa de la vida española, Guadalupe fué a la vez templo, monasterio, alcazar y castillo escuela, casa de labor, taller de artesanía, hospital, hospedería. Tomad cualquier actividad española de aquellas épocas, la más primaria o la más espiritual y superior, y encontraréis que allí, en Guadalupe, tuvo cultivo y floración. En los vastos y múltiples edificios que el templo preside, había lo mismo el molino de aceite, la pellejería o la espartería, que los obradores de orfebrería, los talleres de escultura, de pintura misiada, de bordados, lo mismo la acemilería que la escuela y la imprenta. El primer libro impreso en Extremadura, de sus prensas salió en 1546. En arte, puede hablarse con fundamento de un estilo guadalupense; allí se depuraron y fundieron. Fué Guadalupe uno de los puntos en que entraron en contacto fecundo la cultura hispano-cristiana y la morisca-española y donde se mezclaron más armoniosamente la rudeza y robustez del gótico primitivo con la blandura y el lujo morisco. Centro también de estudios científicos, en Guadalupe se practicó por pri-



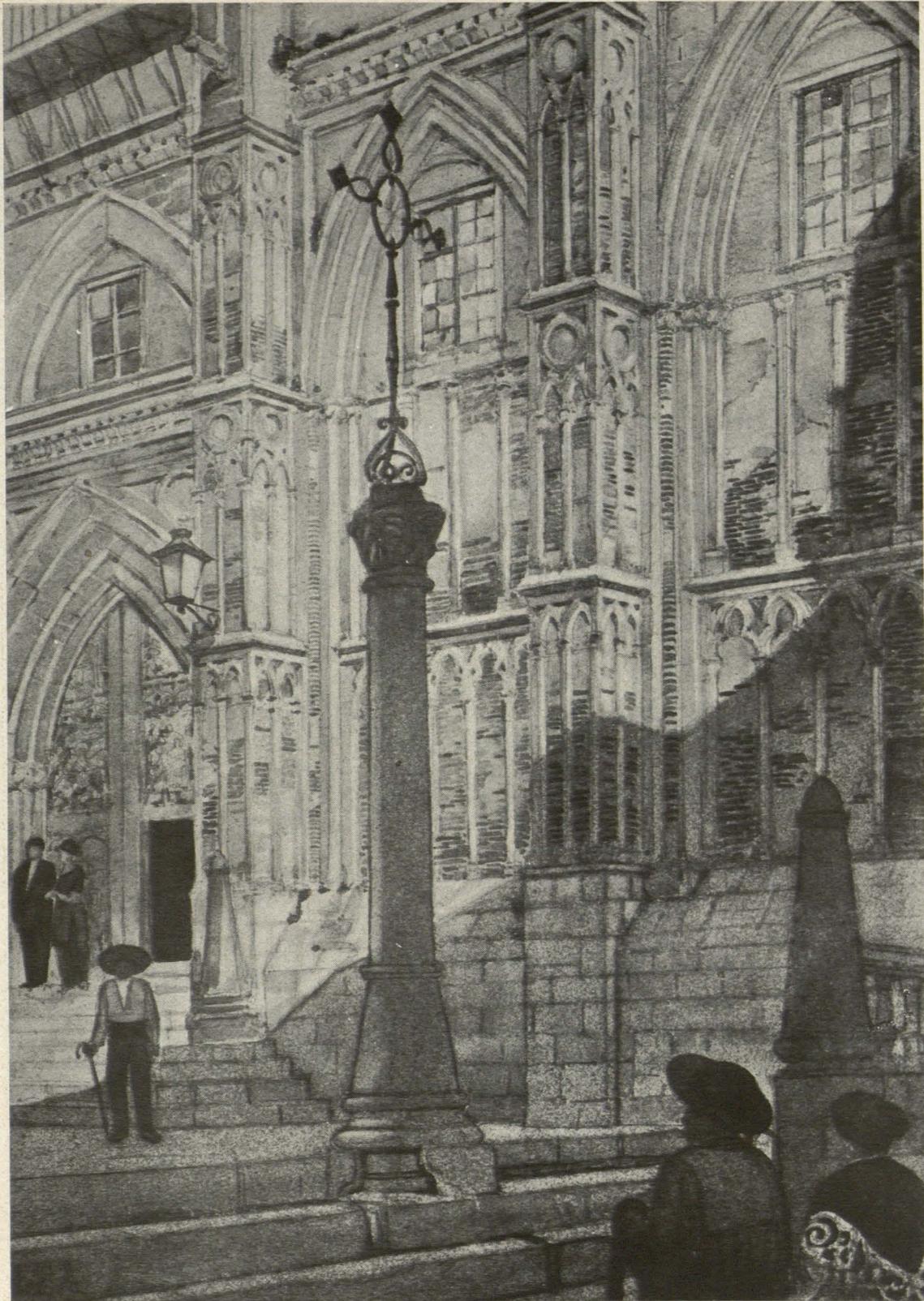
Pila de Juan Francés, en el templete del Lavatorio.

mera vez la disección anatómica de cadáveres por concesión pontificia.

Comenzó siendo nada más que una humildísima ermita, construida en el mismo sitio donde, en el año 1317, la Virgen se apareció a un pobre vaquero, señalándole el lugar en que encontrarían su imagen. Más tarde, Alfonso XI ordenó la construcción de otra mayor, y años después, al vencer con su exiguo ejército a las poderosas tropas sarracenas en la batalla del Salado, ofreció a la Virgen, cuya milagrosa protección había implorado, los trofeos más valiosos de su victoria, proyectó un nuevo y suntuoso templo, donó tierras y rentas y así fué engrandeciéndose el Monasterio con las riquezas y los privilegios que le concedieron los monarcas posteriores.

No hay hecho de nuestra historia que no haya latido de algún modo entre sus muros. Trece reyes de Castilla lo visitaron —los Reyes Católicos ocho veces—, uno de

Aragón, cinco de Portugal y cuatro que fueron emperadores de Alemania, para pedir ayuda o para rendir gracias. A prosternarse ante la Virgen de Guadalupe acudieron esclarecidos soldados: el Gran Capitán; Hernán Cortés, que dejó como ex voto una sabandija de oro, dentro de la cual estaba disecada la que puso en grave aprieto su vida en Méjico; don Juan de Austria, que dejó la farola que llevaba la nave capitana turca en la batalla de Lepanto; el duque de Alba; el conde de Alcaute, que depositó en el altar las llaves de las ciudades de Temesvar y Belgrado. En Guadalupe están enterrados Enrique IV de Castilla y su madre, la reina Doña María; gran número de nobles y guerreros, y recuerdos dolientes de Portugal; el príncipe Don Dionis y su esposa, la infanta Doña Juana de Castilla. También fué en Guadalupe donde conversaron Felipe II y el rey Don Sebastián de Portugal, poco antes de la trágica derrota de Alcazarquivir.



Acceso a la Iglesia del Monasterio desde el atrio. (Acuarela.)

Empapados de historia los muros de Guadalupe, contienen las tres grandes naves de la iglesia, de puro sabor gótico, en que no faltan graciosas deformaciones barrocas y churriguerescas del siglo XVIII, capillas góticas, otras del más clásico Renacimiento, camarines, coro y antecorros, estancias que son relicarios y otras que son joyeles; oratorios, sepulcros panteones, un claustro mudéjar, del que se ha dicho que semeja, por su estilo, sus blancas arcadas y sus naranjos, "el patio de abluciones de una mezquita", con su templete, donde mejor se entrelazan lo gótico y lo árabe; otro claustro gótico, con tres órdenes de arcos... Y galerías, paseos de ronda, ajimeces, ojivas y arcos románicos, cimborrios, rosetones, vidrieras y verjas monumentales doradas a fuego, retablos inmensos, lienzos de Jordán, Zurbarán y Carreño, sillerías talladas, repujadas puertas medioevales de bronce, facistoles, libros corales, con viñetas miniadas por aquel "fray Alonso Ilu-

minador, que murió la noche de Año Nuevo" de 1440, y sus discípulos y seguidores, en tal número, entre pendolistas y miniaturistas, que se ha dicho que en Guadalupe no habría hecho falta la invención de la imprenta. Tripticos, tejidos, bordados que pueden dar idea cabal de este arte en España desde el siglo XIV al XIX; custodias, marfiles, coronas, collares y rastrillos de piedras preciosas. Y como punto y centro culminante, la imagen —llamada Nuestra Señora de Guadalupe de Méjico, impropia, puesto que es muy anterior a la mejicana—, de rostro endurecido por su antigüedad, por el humo de las velas y las innumerables lámparas de plata que ardieron en la iglesia durante seis siglos.

El Monasterio de Guadalupe era un mundo en pequeño. Después, a consecuencia de la funesta desamortización de los bienes de la Iglesia, fué un pueblo grande. Los vecinos de Guadalupe adquirieron las diferentes partes del

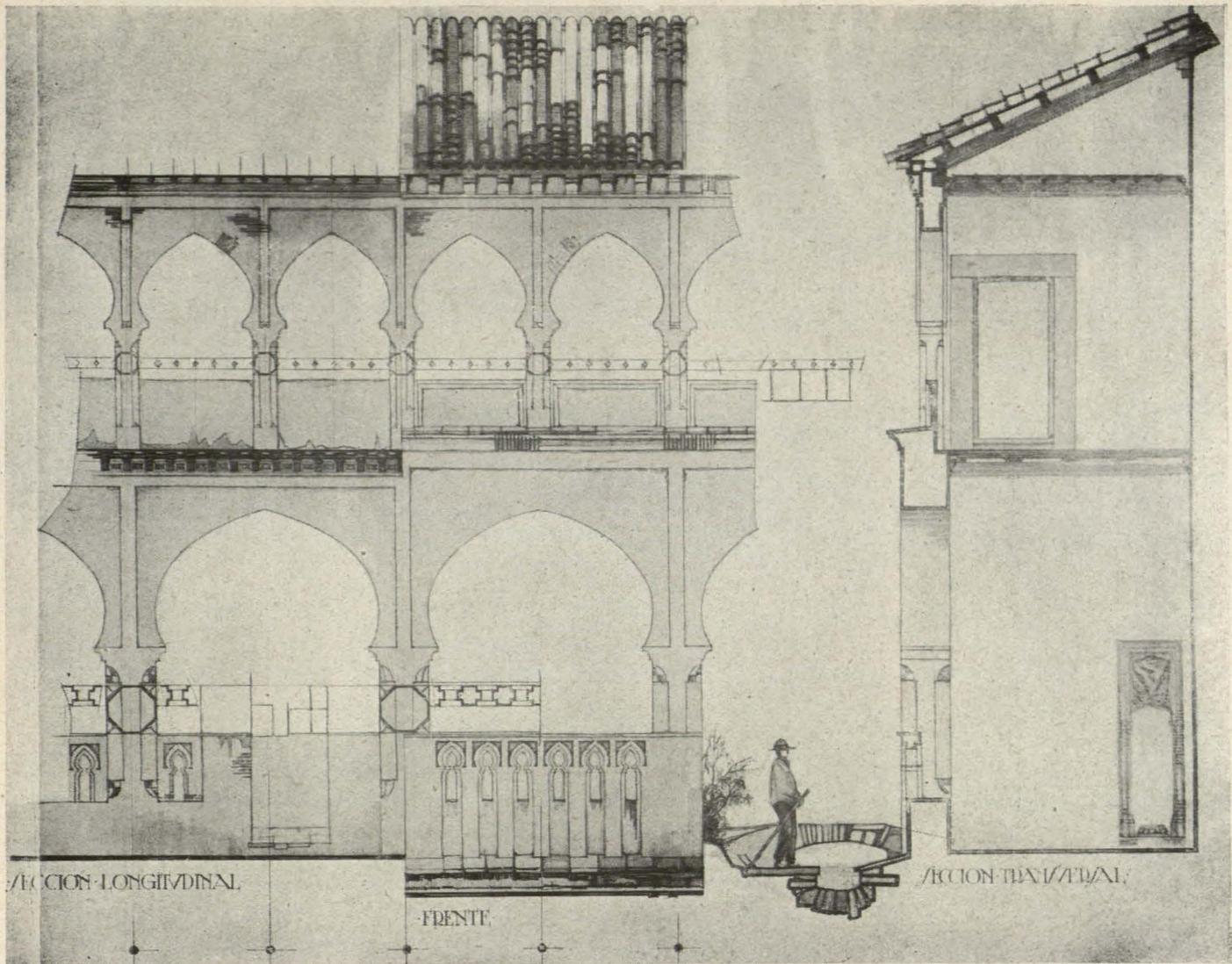


Acceso al Monasterio desde la plaza. (Apunte a lápiz.)

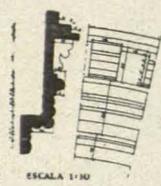
Monasterio, vendidas al desbarate por el Estado, y aprovecharon sus estancias para viviendas, cuadras, almacenes y corrales y hasta habilitaron la antigua Sala Capitular como teatro y salón de baile. Sólo se libraron la iglesia y los contados locales que quedaron para el servicio de la parroquia, y con ellos las joyas, cuadros, ropas, libros y documentos del Archivo. En 1906 comenzó el rescate de las partes vendidas y se entregó el Monasterio a la Orden Franciscana, que hizo las primeras obras de descombro y restauración. En 1924 se iniciaba la restauración en serio. El arquitecto nombrado para ellas, don Luis Menéndez Pidal, habla de su primera impresión en estas palabras: "El respeto que en mí produjo el Monasterio fué tan grande, que entonces mismo decidí no operar en él hasta conocerle perfectamente, estudiándole con la mayor

atención y cariño". Las obras adelantaron lentamente por la magnitud de la empresa y la insuficiencia de fondos. Sin embargo, se hizo la restauración de partes muy importantes, con absoluto respeto al estilo propio de cada una de ellas, como es norma de este arquitecto, que ha restaurado los famosos monumentos románicos del Monte Naranco y Cámara Santa de Oviedo. Suspendiéronse de nuevo, en 1936, a consecuencia de la guerra, y de nuevo continuarán, bajo la dirección del señor Menéndez Pidal—cuyo proyecto ha merecido la primera medalla de Arquitectura en la última exposición de Bellas Artes—, hasta devolver al antiguo Monasterio todo su esplendor religioso, militar e histórico.

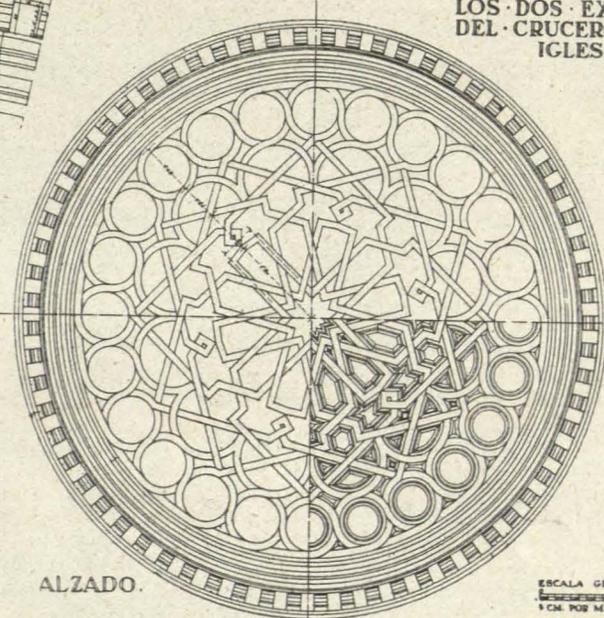
(Artículo publicado en España, de Tánger.)



Detalles del Claustro mudéjar.



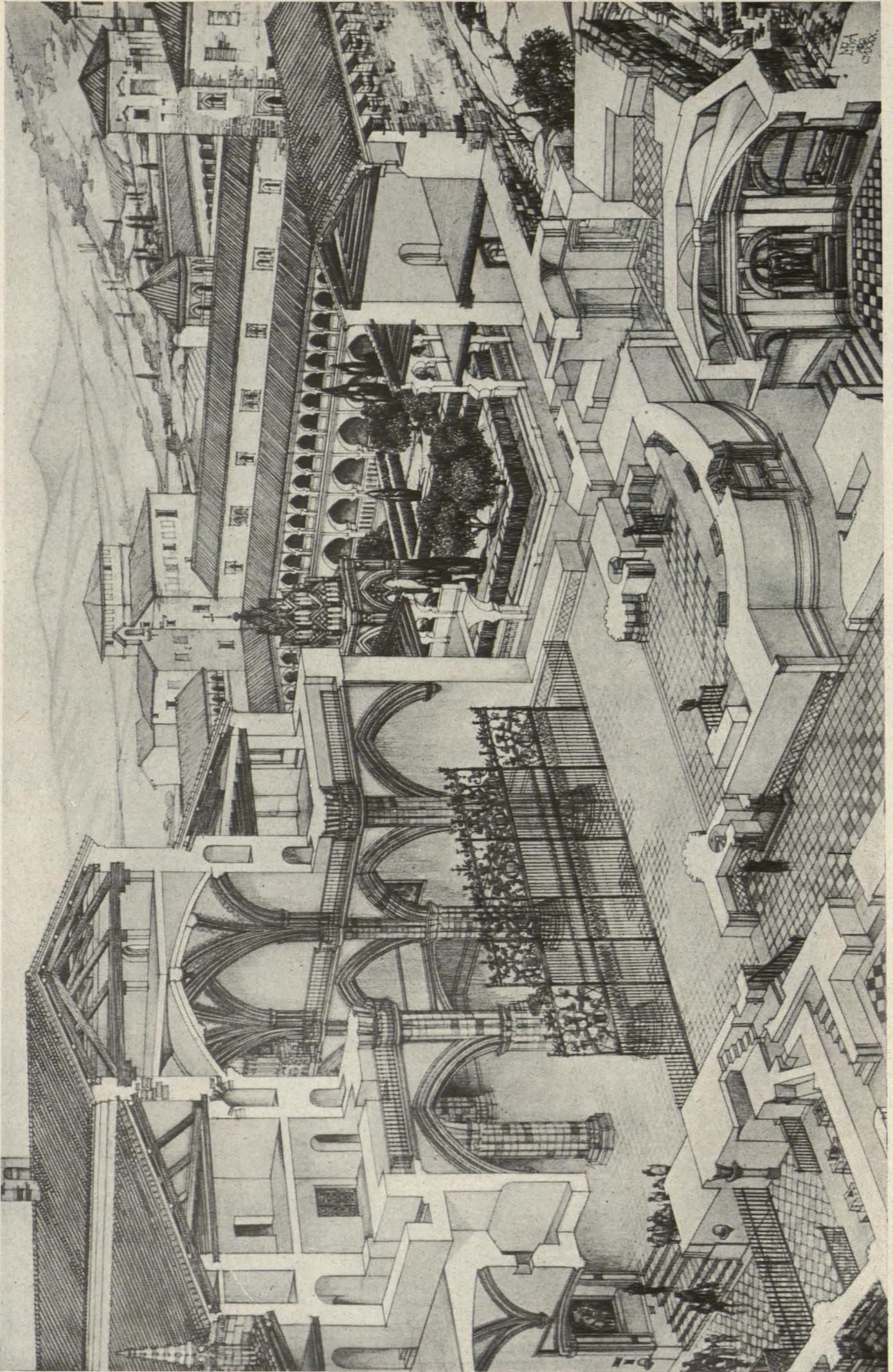
ROSETON MUDEJAR EN
LOS DOS EXTREMOS
DEL CRUCERO EN LA
IGLESIA



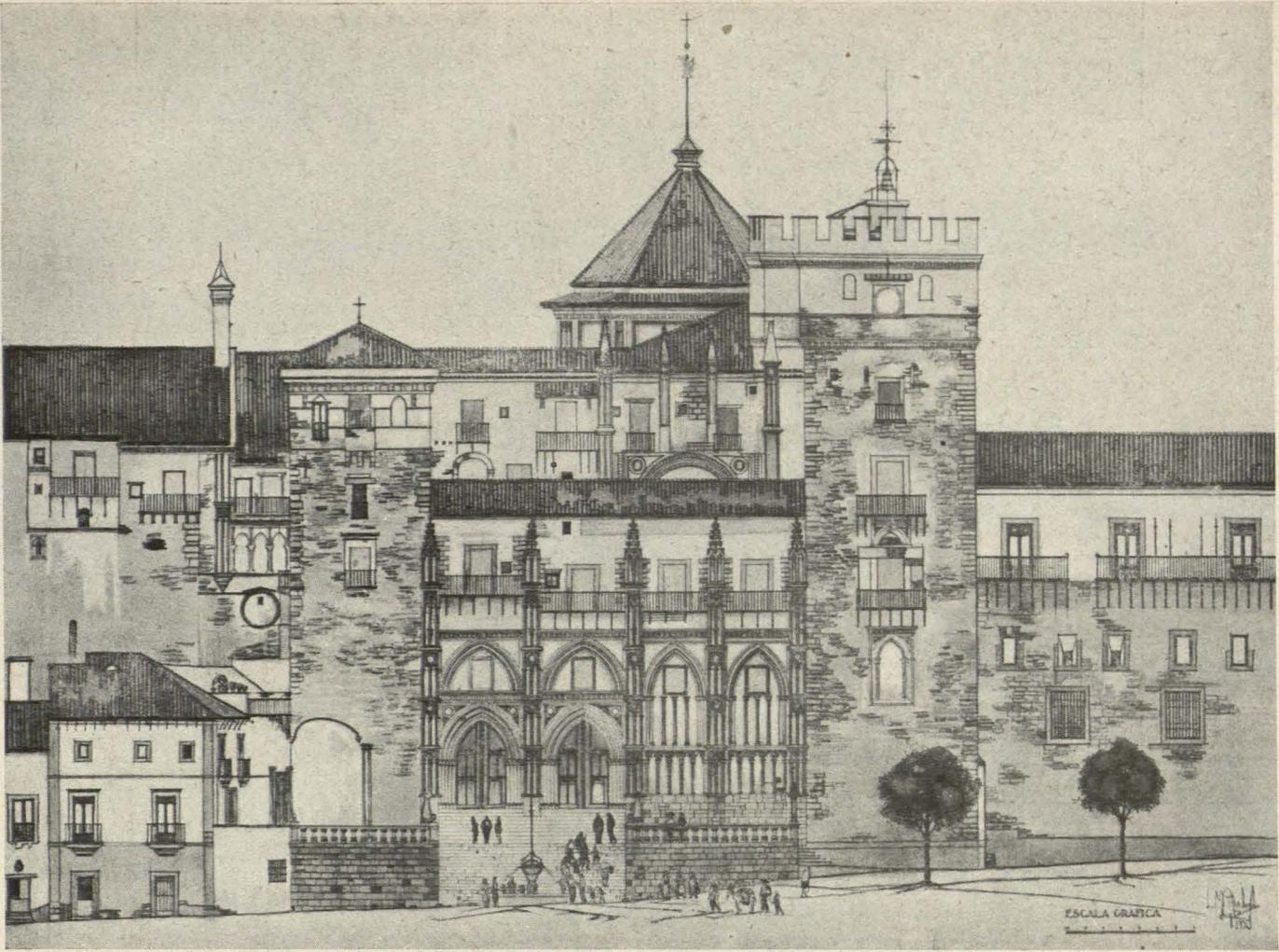
SECCION



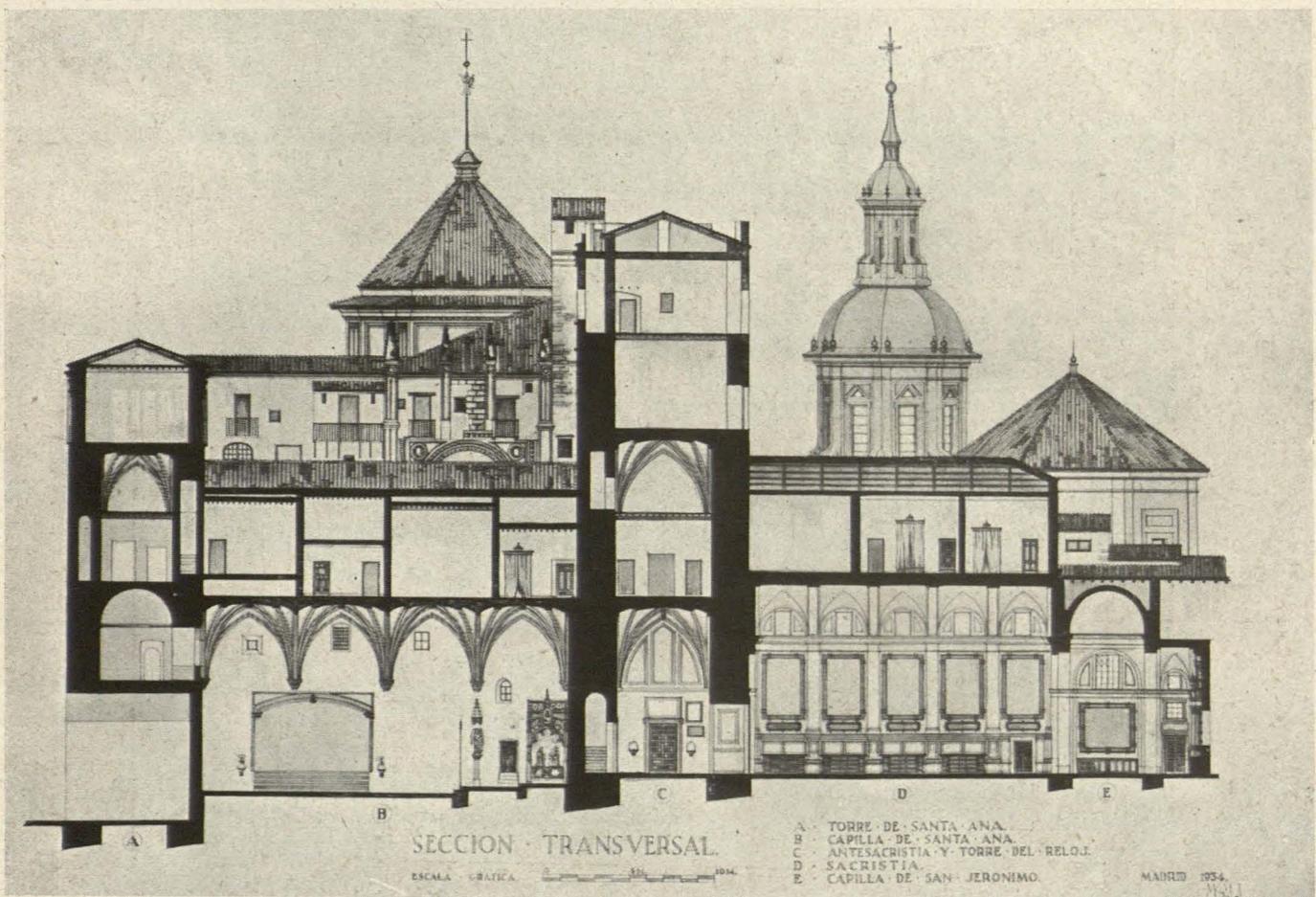
LMBA
MADRID 1923



Real Monasterio de Guadalupe. Perspectiva ideal de estructuras.



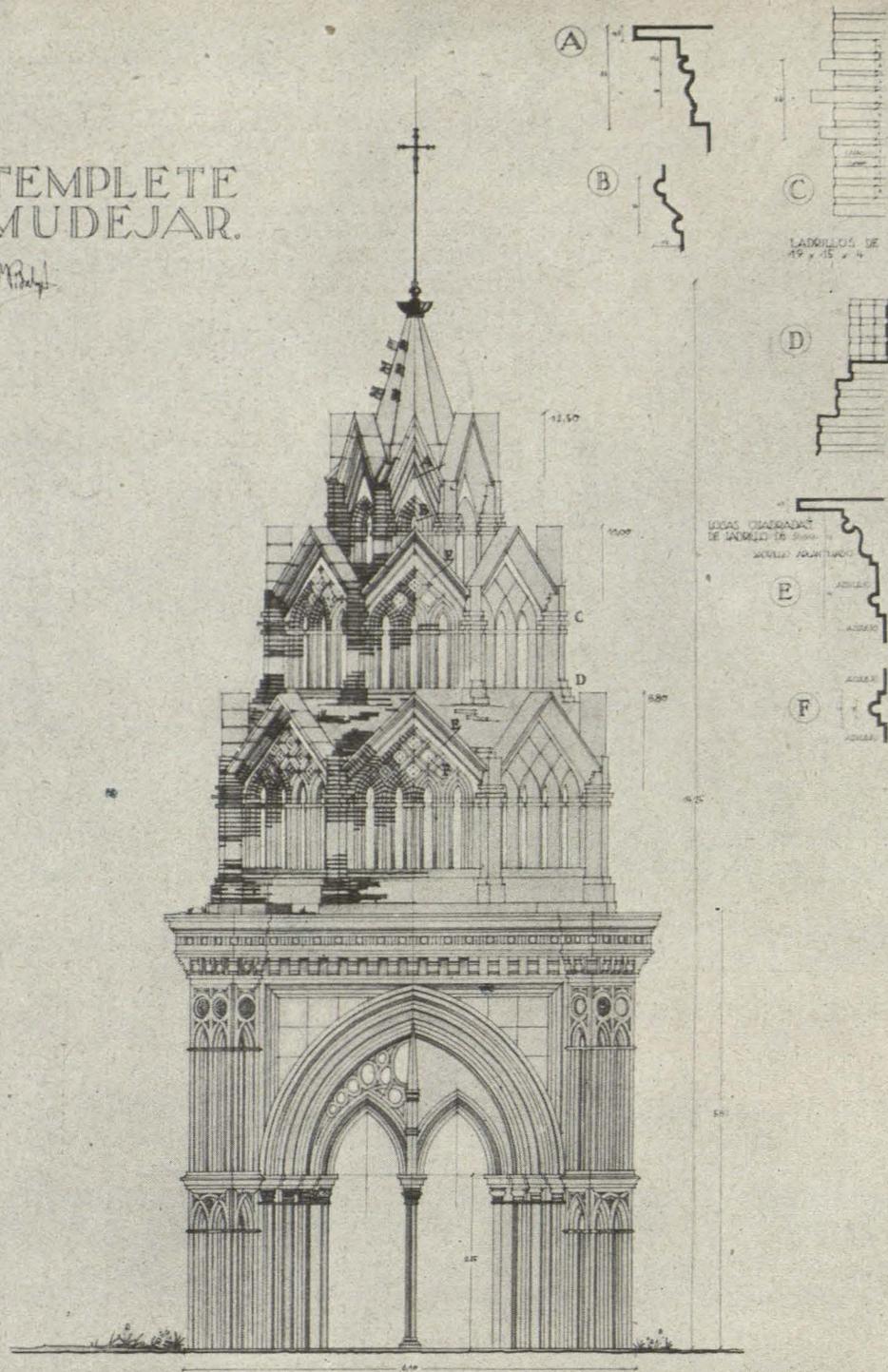
Fachada del Monasterio a la Plaza del Pueblo.



Sección transversal para la Capilla de Santa Ana y Sacristía.

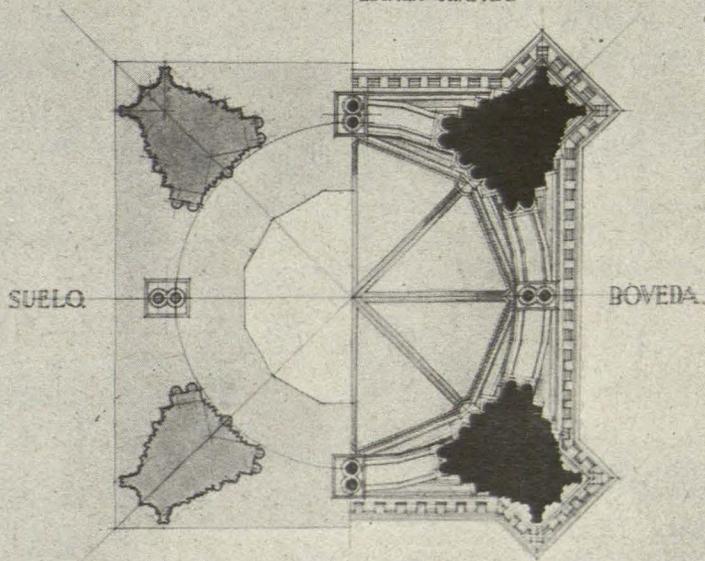
TEMPLETE MUDEJAR.

M. P. ...

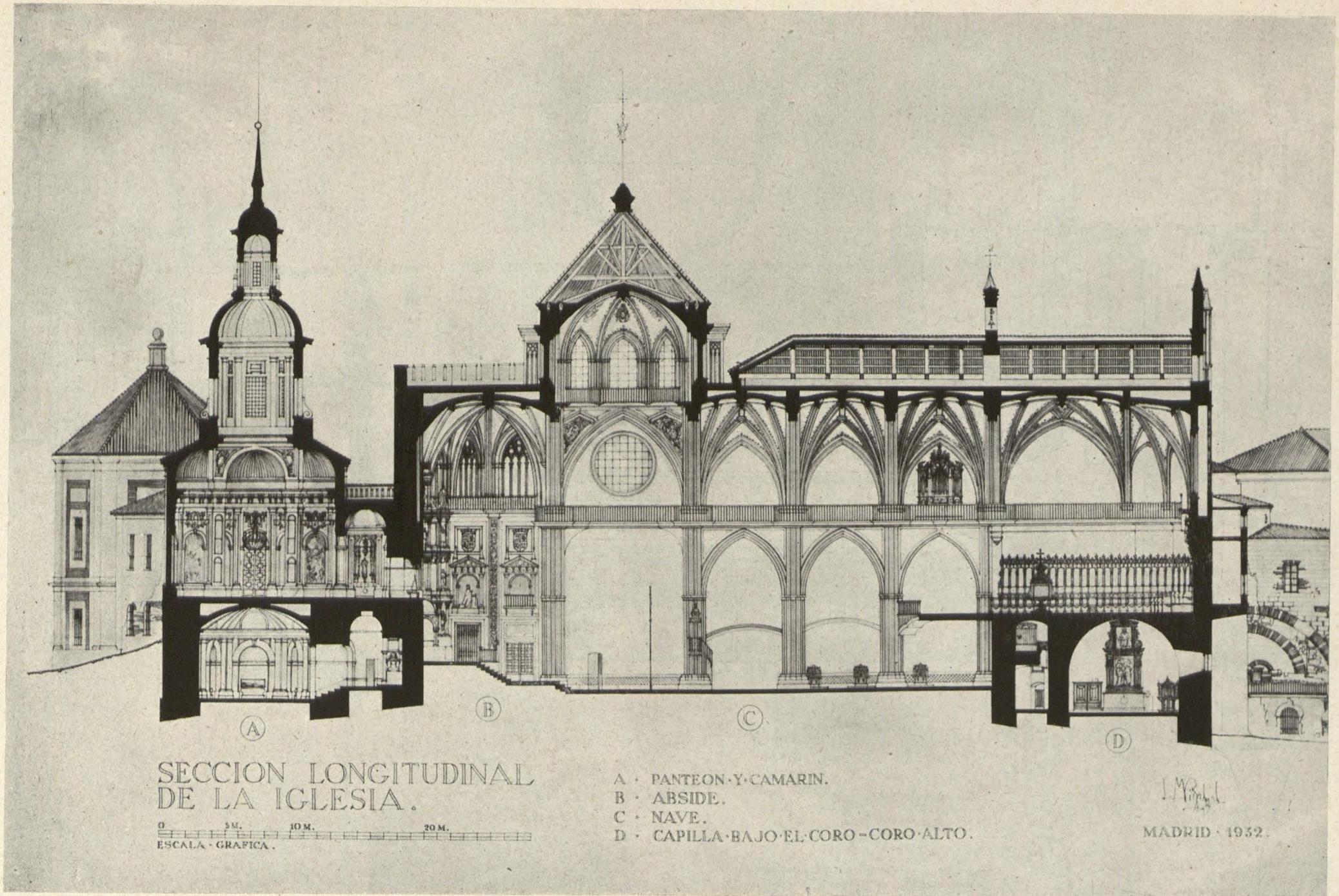


ALZADO.

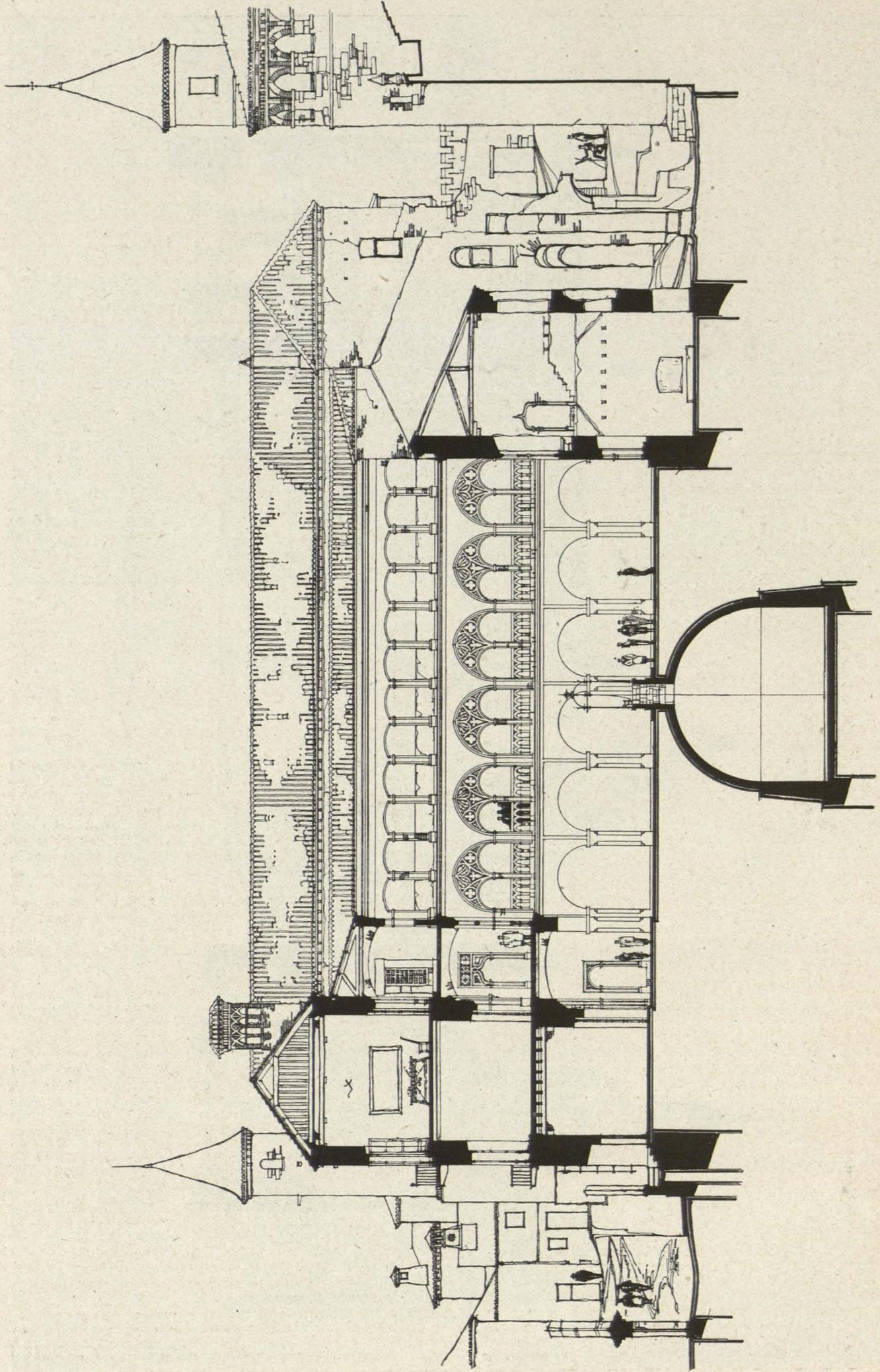
1 METRO
ESCALA GRAFICA.



Detalle del templete en el Claustro mudéjar.



Real Monasterio de Guadalupe. Sección longitudinal de la Iglesia.



Real Monasterio de Guadalupe. Sección transversal del Claustro gótico.